

la posteridad que hubo otros buenos romanos; si no, conocerán que yo solo me atrevi á ser bueno. Grande gloria es ser único en la bondad; empero es gloria avarienta. No lo deseo, porque quiero bien á mi patria; no lo temo, porque conozco sus ciudadanos. No aborrezco en César la vida, sino la pretension. La maldad que le dió con el soborno los magistrados, le persuadió con la ambicion á perpetuar en sí el encargo que la ignorancia de los padres le prorogó; y despues le enriqueció el sacrilegio con el robo del templo de Saturno, menospreciando las advertencias religiosas de Metelo. La fortuna furiosa dió la vitoria á su traicion en la postrera batalla, y la traicion de Ptolomeo le dió la cabeza de Pompeyo. Todo cuanto tiene y ha alcanzado ha sido dádiva de la iniquidad; nada posee que no sea delito del que se lo dió y del que lo tiene. Quitárselo no es despojarle, sino absolverle. Lo que se cobra del ladron se restituye con justicia cuando se le quita con violencia. Yo, Cayo, no trazo conjura; ántes formo tribunal: á ser jueces convoco los amigos, no á ser conjurados. La ira, ¡oh Ligario! quema el entendimiento, no le alumbrá; y la paciencia, que obliga á los buenos, anima á los malos. Por esto conviene tenerlas á entrambas ó á ninguna; que la ira sufrida sabe ser virtud, y la paciencia enojada sabe dejar de ser vicio. Determinado tienen los cómplices con César, el dia de las kalendas de marzo, de jurarle rey en el Senado. Conviene adelantar su muerte á esta maldad, ántes que el nombre de rey con el resplandor de la majestad halague la ignorancia de la plebe y atemorice el celo de los leales. Reconocida tengo la arte de su fortificacion: hase acompañado de cómplices, hase hecho numeroso séquito de delincuentes, que como partícipes en sus delitos, sean interesados en su conservacion. Los que han merecido su lado son perjuros, acusadores, asasinos, sacrilegos é invencioneros, y estos últimos son los mas á propósito para establecer su dominio; porque con arbitrios, quimeras, locuras y novedades distraen el juicio de los pueblos, y les desperdician la atencion con el movimiento perpetuo de maquinaciones nunca oidas. Y si tiene pereza nuestro celo y le damos lugar á que se corone, con las mercedes y cargos hará ministros y príncipes estos que hoy son delincuentes, y se embazará el castigo de sus culpas en lo magnífico de sus cargos; que en el

mundo los delitos pequeños se castigan, y los grandes se coronan; y sólo es delincuente el que puede ser castigado, y el facineroso que no puede ser castigado es señor. Por esto, ¡oh Ligario! nos es tan importante la presteza como el valor. Yo no te llamo al peligro, sino á la gloria; y tengo tan conocida tu virtud, que no la agravio con aguardar la respuesta de tu boca, oyéndola en tu obligacion. »

ORACION DE LIGARIO.

Respondióle animoso: « Tus razones, Bruto, no quieren respuesta, sino obediencia. Tales son, que sólo siento no haberlas dicho. En estas cosas se ha de hablar poco, ya que no se excusa el hablar algo. Confederados están los ánimos; pon las manos en la ocasion, y apodérese del tiempo el silencio mañoso; que la multitud de malos en que se fia César, en muriendo le aborrecerán, como si fueran buenos; porque la maldad una cosa tiene peor que ella, y es necesitar de ruines para su aumento y conservacion. En la forzosa determinacion no se ha de tratar de inconvenientes, cuando la maldad y la prudencia son los pilotos del mundo. Y pues los consejos desconfiados desenfrenan las sinrazones de los ruines, si quieres que esté sin recelo, pásame del discurrir al obrar. »

Fortalecidos con esta conferencia, apartaron la conversacion.

Tan pródigo se mostró Marco Bruto en los que escogia como en los que dejaba. Era Ciceron íntimo amigo suyo, de lealtad asegurada con experiencias grandes; empero era mas elegante que valiente: sus hazañas remitia á la lengua y no á la espada. Hablaba bien y mucho, y por esto eran artifices de sus obras sus palabras. Aquí reconoció Bruto aventurado el secreto de tan gran empresa, porque él no pretendia persuadir cosa que se hiciese, sino hacer cosa que persuadiese con la obra. No queria probar que convenia matar á César, sino matar á César para probar que habia sido conveniente matarle. Por esto excluyó al elocuente, y á Statilio, epicureo, y á Favonio, por el temor filósofo que habian mostrado en las conversaciones familiares. El uno aprobaba la tiranía y no las guerras civiles, por no padecerlas, como si la tiranía no fuera la peor guerra civil y ya vitoriosa. El otro decia que el varon sabio no se habia

de arrojar al riesgo por los necios y malos. Este no hubo cosa buena á que no pusiese nombre aborrecible. Á la lealtad llamó riesgo, y necios y malos á los celosos y prudentes. Hay siempre en las repúblicas unos hombres que con sólo un reposo dormido adquieren nombre de políticos; y de una melancolía desapacible se fabrican estimación y respeto: hablan como experimentados, y discurren como inocentes. Siempre están de parte de la comodidad y del ocio, llamando pacíficos á los infames, y atentos á los envilecidos; y son tan malos, que sólo es peor el que los da crédito. No los replicó Bruto, aunque los contradijo Labeon; porque estos son peores advertidos que despreciados.

No le pareció á Bruto establecer la conjura con juramento, sacrificio ni ceremonia exterior; porque estas cosas pueden resultar en indicios, y el secreto acompañado de ruido, suele con él ser parlería de su mismo silencio. Y este aparato de juramentos y ofrendas en las confederaciones, no sólo no las afirma, mas ántes las acusa de sospechosas, pues siempre confiesan estos requisitos la duda que los que los piden tienen de los que los conceden. Aquel negocio se ejecuta con ménos riesgo, que depende de ménos circunstancias. Verificó bien esta doctrina Marco Bruto; pues, no sacando afuera de las almas de los confederados la resolución, la cerró tan oculta, que burló el crédito á los astrólogos que amenazaron á César, con día señalado, su fin; á los animales, que, muertos, con entrañas introducidas á la profecía (por la superstición) se le predijeron; y á tantas señales y agüeros que le amonestaban de su riesgo. Ordénalo Dios así, porque si los temerarios no fueran incrédulos, difícilmente los hallara el castigo; mas, como nacen para escarmiento, sólo dan crédito á la soberbia, que, presumida, les aparta el remedio de las dudas.

TEXTO.

« Bruto, viendo que dependían de él todos los valientes y leales de la ciudad, revolvía el peligro en lo mas hondo de su ánimo, y procuraba en el semblante componer los sentidos de día; y de noche en su casa no era el mismo, porque á veces á pesar del sueño le solicitaba congojosamente el cuidado. Y

profundamente melancólico, vacilando en los senos de las dificultades y las amenazas de los riesgos, no pudo engañar la atención afectuosa de su mujer, que en su fatiga conoció padecía interiormente las ansias de alguna determinación dificultosa y intrincada. Llamábase Porcia, y era hija de Caton. Casóse Bruto con ella, siendo viuda y muchacha, y teniendo un hijo que se llamó Bibulo, de quien hoy se lee un pequeño comentario de los hechos de Bruto. Era Porcia mujer estudiosa de la filosofía, enamorada de su marido, animosa y prudente; y por serlo, ántes quiso hacer de sí experiencia, que preguntar á su marido la causa de tan congojosa tristeza. La experiencia que hizo en sí fué esta: con un cuchillo que los barberos tienen para cortar las uñas, después de haber desembarazado su aposento de las criadas, quedando sola, se dió en un muslo una grande herida. Empezóse luego á desangrar copiosamente, á que se siguieron inmensos dolores, con calenturas y frío: y viendo á Bruto afligido y atónito de verla en tan peligroso estado y tan mortales congojas, le habló en esta manera: Yo, Bruto, hija de Caton, me casé contigo, no como las concubinas solamente para el consorcio de la mesa y de la cama sino para ser tu compañera en lo próspero y en lo adverso. Por tu causa no puedo quejarme de mi casamiento, y tú puedes quejarte del tuyo conmigo, pues no te puedo ser de algun alivio ó deleite, cuando ni el retirado tormento de tu ánimo, ni el cuidado que veo cuánto te desasosiega y requiere confianza no te le ayudo á padecer. No ignoro que la naturaleza flaca de las mujeres no es capaz de la guarda de algun secreto; mas en mí hay una cierta virtud de buena enseñanza y de honesta índole para reformar las costumbres de mi sexo, y esta la tengo por hija de Caton y por mujer de Bruto, en las cuales ántes de ahora estaba ménos confiada; mas ahora me he experimentado invencible al dolor y á la muerte. Dijo así, y descubriéndole la herida, le dijo el fin con que se la habia dado. Él, atónito y enajenado con la admiración y la pena, levantando las dos manos al cielo, suplicó á los dioses fuesen propicios á su intento, para que se mostrase digno marido de Porcia. »

DISCURSO.

Aquellas cosas que degeneran de sí mismas, en lo que desmienten su naturaleza suelen ser prodigiosas : admirables si son buenas, y vilisimas si no lo son. Los hombres que han sido afeminados, han sido torpísimo vituperio del mundo. Las mujeres que han sido varoniles, siempre fueron milagrosa aclamacion de los siglos ; porque, quanto es de ignominia renunciar lo bueno que uno tiene, es de gloria renunciar lo malo y flaco. Porcia, mujer de Marco Bruto, fué tan esclarecida, que en sus acciones mas pareció Caton que hija de Caton ; ántes Marco Bruto que su mujer ; pues, siendo el natural de todas las que lo son derribado á las niñerías del agasajo, y sólo atento al logro de su hermosura, y á la hartura de su deleite, y á la servidumbre de su regalo, esta, codiciosa de penas y ansiosa de cuidados, tuvo celos valientes, no de que la tuviese ménos amor, sino de que la tuviese ménos afligida con la propia causa que su marido lo estaba. Tuvo por afrenta que no la juzgase Bruto digna de padecer con él, y capaz de cuidados homicidas. Estaba triste de verle triste, y corrida de estarlo por la vista, y no por la comunicacion confidente ; y esto, porque sabía que se aumenta el dolor á solas y desconfiado de compañía. Parecía que no darla Bruto parte de él era temor de la flaqueza mujeril, y que por esto quería padecer mas dolor secreto y prudente, que ménos dolor aventurado y repartido. No le culpaba porque era mujer, mas trató de disculparse, sabiendo ser mujer. Primero con una herida mortal se calificó para poder preguntar á su marido la causa de su tristeza, que se le preguntase. Quiso que la pregunta fuese hazaña, no curiosidad ; y reconoció tan desacreditado en las mujeres el sufrir un secreto, que se examinó en sufrir la muerte, para persuadir que le sufriría. ¡ Oh docto, y entónces religioso, desprecio de la salud ! Para convencer Porcia á Bruto de que ántes morirá que revele el secreto, se da la muerte ántes, porque la pregunta lleve por fiador su fin. No quiso que en la promesa aguardase Bruto su constancia ; quiso aguardar igualmente la muerte y el crédito de su marido. Muchas mujeres ha laureado la guerra, muchas ha consagrado

á la inmortalidad la virtud en los gentiles ; empero ninguna fué igual á Porcia, que reconoció la flaqueza del sexo, y no sólo la desmintió, mas excediendo el ánimo varonil, fué á su marido mujer y sacrificio, dolor y ejemplo, y por acompañarle en el espíritu, despreció acompañarle en el tálamo. Bien reconoció Marco Bruto lo que tenía y lo que perdía, cuando, viéndola mortal, con estupor no pidió á los dioses le diesen vida, sino que fortunasen su intento de manera que le pudiesen juzgar digno de ser marido de Porcia.

¿ Cómo podia dejar de efectuarse determinacion asistida de un prodigio tan grande ? Y aun fué pequeño precio de tan generosa muerte la vida de Julio César. Nueva causa para martarle dió á Bruto la muerte de su mujer. Era solamente castigo, y ya era venganza.

ORACION DE PORCIA.

« Saldrá mi sangre y mi alma (dijo Porcia) de mi cuerpo, mas no saldrá tu secreto ; y si no se puede fiar secreto á mujer que no sea muerta, por merecer que me le fies cuando no me le puedas fiar, me he dado la muerte. Mas quiero merecer ser tu mujer, que serlo ; mejor es dejar de ser mujer con la muerte, que ser mujer y no merecer serlo con la vida. Con esto nos acabará un cuidado á entrambos, pues yo te veo morir del que tienes, y yo muero del mismo, porque no le tengo. Yo no sé lo que padeces, y lo padezco porque no lo sé. Si alcanzares de dias á tus cuidados, que á mí me alcanzan de dias, vivirás mas que yo, mas no mejor. Yo te perdono que ahora me tengas lástima, porque te quiero tanto, que sólo sentire que despues me puedas tener envidia. No pidas mi salud á los dioses, ni la solicites en los remedios ; que yo no quiero que la muerte que me da la constancia, me la estorbe la medicina. Mas gloria te será haber tenido mujer que te haga falta, que tener mujer que te sobre. No te digo que vivas ni que mueras : vive si pudieres, y muere si no pudieres mas. »

Oyóla Bruto, y mezclando sus lágrimas con su sangre, pagó su valentía comunicándola el intento que la callaba y de justicia debía á su muerte. Porcia, reviviendo en el gozo de

haberle merecido á su marido parte de su cuidado, y resucitando la voz caida por el desperdicio de la sangre, le dijo:

SEGUNDA ORACION DE PORCIA.

« Bruto, en nada tienes peligro : si matas, te debe tu patria su vida ; si mueres, te debe por su vida tu muerte. Si esta se sigue, me acompañarás como marido ; si se difiere, me seguirás como amante. Y ruego á los dioses que permitan que te aguarde á ti, y no á César ; que tu amor y este secreto le llevo conmigo á los silencios del sepulcro. El pensar quiere tiempo, y lo pensado ejecucion. Muchas cosas hay que no se dicen, y se derraman ; porque lo que no se comunica, se sospecha. Nada es tan seguro como pensar lo que se ha de hacer, y nada es secreto si para hacer lo determinado se tarda en pensar, cuando el pensar es delito y la tristeza amenaza. Recátate del tiempo, que es parlero, y advierte que tales intentos se han de tener, y no se han de detener. »

Oyóla Bruto con toda la alma, y compitiéndola en el semblante lo mortal, procuraba con suspiros sustituir la vida á Porcia, y se enterneció humanamente en la piedad de oficio tan lastimoso.

TEXTO.

« Estando ciertos que César habia de hallarse en el Senado el dia prefijo, determinaron poner en ejecucion su intento con seguridad, por ser todos personas que asistiendo en él por obligacion, no podían ser sospechosos. Persuadiéronse que, muerto César, la propia libertad que restauraban les granjearia por séquito á todos los demas poderosos y nobles, y que la defenderian con ellos. El lugar parecia divino, por eleccion del cielo misteriosa. Era un pórtico que junto al teatro tenia un espacio en que el pueblo romano habia colocado la estatua de Pompeyo, decorando con los pórticos y el teatro aquel sitio, en el cual los idus de marzo se convocó el Senado, que pareció que algun dios, cuidadoso de la venganza, trajo á él á César para dar satisfaccion á Pompeyo. »

DISCURSO.

Deseaba con ansia acelerada Bruto el dar la muerte á César, solicitado de lo mucho que le costaba por la muerte de Porcia. Deseaba que la muerte del tirano precediese á su muerte, por premio de su constancia, por venganza de su sangre y crédito del secreto que tan caro le costaba ; y pues se dió muerte por saber lo que queria hacer, procuraba que ántes de espirar supiese que lo habia hecho.

Las conjuraciones contra los príncipes son tan peligrosas como injustas : de mas riesgo miéntras se tratan que cuando se efectúan. Con alto seso cautelaron esta Bruto y Casio, pues su ejecucion la trataban solamente personas forzosamente asistentes al príncipe, que ni se pudiesen extrañar ni excluir, para que no tuviese que maliciar la sospecha. Todos eran consejeros, y era el consejo donde le habian de matar. No es solo César el príncipe que ha muerto á manos de sus consejeros. Á más han muerto malos consejos que sus enemigos. En esto son parecidas las leyes á la medicina. Matan los médicos y viven de matar, y la queja cae sobre la dolencia. Arruinan á un monarca los consejeros malos, y culpan á la fortuna ; y los unos y los otros son homicidas pagados. Mata el médico al enfermo con lo que le receta para que sane : destruye el consejero al señor con lo que le persuade para que acierte. Háblase sólo de que mataron á César, porque se ven las heridas de los puñales, y no las de los pareceres. Así dicen que matan al que hieren ; mas no dicen que matan al que curan. La diferencia es grande, mas no buena ; porque á estocadas muere uno, y á malos consejos muchos, si no todos. ¿ Cómo podia vivir un monarca que tenia por sus enemigos sus senadores ? Ántes me espanto cómo vive alguno, pues pocos los tuvieron por amigos. Dañoso es el consejo en el príncipe que no sabe temerle como tomarle. Es forzoso y necesario que el príncipe le tenga y le oiga, si le sabe descifrar. Algo ha de tener mas que sus consejeros el príncipe, si quiere que no le tengan los consejeros á él. Quien sabe recibir consejo, hace que se le sepan dar. Aquel es verdaderamente rey, que por sí sabe, con lo que determina en lo que le aconsejan, aconsejar á los que le consultan. Muchas

cosas han acertado consejos admitidos, y no ménos los desechados. Entiende César que viene á que le aconsejen, y viene á que le maten. Mucho deben temer los malos, en lo que olvidan, la memoria del grande Dios: ella en el castigo de los delinquentes sirve de fiscal para las circunstancias del pecado. No basta que muera César, sino que caiga muerto á los piés de la estatua de Pompeyo, á quien dió muerte. Siempre fué sumamente aborrecible á Dios la hipocresía. Holgóse César de ver cortada la cabeza de Pompeyo, y fingió lágrimas; y desquitóse la justicia divina de esta maldad, con la circunstancia de arrojarle muerto á los piés del bulto del ofendido. Siempre gobernó el mundo el Dios solo verdadero, todo santo, siempre justo. Los errores de la religion fueron originados de la mente engañada de los hombres: ellos obraban como flacos; él como justiciero. Con los dioses inducidos de la idolatría le pusieron nombres; mas no le quitaron el oficio. Tan cuidadosa estaba su providencia entónces como ahora: mas ofendida, lo confieso; mas no ménos ejercitada. Mata el tirano porque puede, y no se acuerda que puede y debe morir quien mata. Júzgase fuera del castigo, porque no se acuerda de quien le juzga. Si Julio César leyera, y no mirara la estatua de Pompeyo, la temiera proceso, y no la viera imágen: tuviera la por querrela de bronce contra él, y no por adorno de su tribunal, ni lisonja de su venganza.

TEXTO.

« Luego que amaneció, Bruto con un puñal encubierto salió de su casa, sin que otra persona que su mujer fuese sabidora de su intencion. Los demas se juntaron con Casio, y trajeron á su hijo al foro á que tomase la toga viril. Desde allí se fueron todos al pórtico de Pompeyo, disimulando que aguardaban la venida de César. En esto principalmente se puede admirar la inmovilidad y constancia de estos varones, pues muchos de ellos, á quien por razon de la pretura tocaba juzgar, no sólo daban benigna audiencia á los litigantes, como si tuvieran el ánimo desembarazado del peso de tan dificultosa empresa, sino que á los pleitos y causas que atentamente oían, con grande juicio daban respuestas, disputándolas y decidién-

dolas. Y como uno, rehusando pagar lo que por sentencia se le habia mandado que pagase, clamase á César con grandes voces y porfiadamente, mirando Bruto á los circunstantes, dijo: *César no me prohíbe ni prohibirá juzgar conforme á las leyes.* Y de verdad en aquel dia muchos riesgos y dificultades les opuso turbulenta la fortuna. Lo mas principalmente fué la detencion de César, que, como no pudiese sacrificar, temerosa le detenía su mujer, y congojados le contradecian los agoreros la salida de su casa en público. »

DISCURSO.

Las determinaciones grandes quieren que prevenga la prudencia propia á la malicia. Hase de poner en el alma tan estrecha reclusion á los pensamientos, que no se les deje salida ni respiradero desde los sentidos á las potencias. Son parleros los ojos, y suelen las acciones del cuerpo ser chismes de la negociacion del entendimiento. El que piensa divertido, suspenso dice lo que calla. Hase de imaginar de suerte, que por la tristeza no pueda el tirano imaginar que se imagina. El que sabe ser dos, en una accion se guarda las espaldas, con lo que finge, á lo que traza. Los tiranos son grandes estudiantes de los semblantes; y el pueblo, cuando reinan, espía con atencion las señas exteriores, para descansar la curiosidad ansiosa sin riesgo. Nada se ha de mostrar ménos que lo que se desea mas. La hipocresia exterior, siendo pecado en lo moral, es grande virtud política. Llámola el viento de que se sustenta el camaleon del poder. Habian concurrido todos los conjurados á dar la muerte á César; y como si no atendieran sus ánimos á tan aventurado suceso, atendian con tal despejo á los pleitos que como pretores oían, que, fuera de aquella ocupacion, no parecia que les quedaba otro hombre interior armado y prevenido. No sólo no parecia que aguardaban á Cesar, sino que no se acordaban que le habia.

En ningun tiempo el judaismo ni la gentilidad pudo acusar á la providencia de Dios de poco solícita de la enmienda de los malos. Es estilo de su justicia prevenir sus castigos con advertimientos y señales. Fueron muchas las que amonestaron

á Julio César su muerte; empero á las culpas de asiento en el corazon del hombre, las mas veces se añade otra peor, que es la dureza y la incredulidad, de que se fabrica la confianza, á cuyo cargo están las ruinas de los príncipes, las caidas de los poderosos, y las desgracias de todos; porque la obstinacion fué siempre, y lo será, autora de tragedias.

Pocos meses ántes de este dia, como en la colonia Capuana (por la ley Julia) los vecinos cavasen los sepulcros antiguos para hacer heredades, y esto lo hiciesen con mayor afecto, persuadidos que hallarian tesoros, por algunos vasos que testificaban grande vejez, que envueltos en la tierra sacaban, hallaron una tabla de metal en el sepulcro en que se entendia estaba enterrado *Capis*, fundador de Capua. Estaba en ella con letras griegas escrita esta advertencia: *En el tiempo que los huesos de Capis fueren descubiertos, sucederá que al descendiente de Julio, con sangrienta mano, darán la muerte sus deudos*. De esta adivinacion, porque no la tengan por mentirosa ó fingida, es autor Cornelio Balbo, familiarísimo de Julio César. Hasta aquí son palabras de Suetonio.

Mucho crédito dió la gentilidad en las amenazas, por venir á las palabras de los que se morian, y á los escritos que se hallaban en las sepulturas; mas yo alguna sospecha tengo de estas cosas que se descubren debajo de tierra; y mas de esta, cuando para irritar á todos contra Julio César, andaban los odios poniendo coronas á las estatuas de César, y cédulones en la estatua de Junio Bruto. Muchas cosas han achacado los invencionistas á los parasismos de los que espiran, y á los monumentos de los difuntos. Sea verdad ó no, grave autor lo escribe de la relacion de un amigo de César, y debiera recelar este escrito, si no por profecía, por amenaza; y porfiar en el desprecio de estas cosas, mas es de necio que de constante. Escriben tambien que, pocos dias ántes de este dia, los caballos que pasando el Rubicon habia consagrado y dejado libres sin guarda fueron hallados sin querer pacer, con pertinacia y llorando. Ya en Homero se leen llantos y lágrimas de caballos. No sería mucho que hubiese la historia aprendido esta fábula de la poesia, ó que los aduladores de César, que despues de su muerte le hicieron dios, afirmando que su alma la vieron arder estrella, le añadiesen por adherentes de divinidad estos prodigios.

Estando sacrificando Spurrinna, arúspex, le amonestó que se guardase del peligro, que no pasaria de los idus de marzo. Otros escriben que este era astrólogo, y que lo advirtió por una direccion de su nacimiento de César.

Para conmigo muy desautorizado crédito tiene la astrologia judiciaria. Es una ciencia que tienen por golosina los cobardes, sin otro fundamento que el crédito de los supersticiosos. Es de la naturaleza del pecado, que todos dicen que es malo y le cometen todos. Es un falso testimonio que los hombres mal ocupados levantan á las estrellas. No niego que las causas superiores no gobiernen las naturalezas de la tierra, ni que de sus influencias dependa esta porcion inferior. Mas con ella propia niego que sus aforismos tengan verdad; pues ni ellos son nivelados con alguna certeza, ni hay experiencia que no la desmienta. Con una propia posicion de signos y planetas y aspectos, uno murió muerte violenta, y otro fué largos años fortunado. Y sin diferenciarse en algo, en una propia casa las estrellas son raramente verdaderas, y frecuentemente mentirosas. Con evidencia probó esto y sin respuesta, despues de otros muchos doctos y religiosos escritores, Sixto ab Hemminga Frisio, en su libro, cuyo título es: *Astrologia, ratione et experientia refutatae*; demostrándolo en treinta nacimientos de treinta príncipes, reyes, emperadores y pontífices, cuyas vidas y muertes fueron ejemplo de sumas fortunas y miserias, observadas por Cipriano Leovicio, Jerónimo Cardano, Lucas Gáurico, grandes maestros de la astrologia judiciaria. Y siendo así que toda ella es un temor forzoso y un consuelo inútil, y tan vana cuando es amenaza como cuando es promesa, ni á ella le faltarán secuaces, ni á ellos aplausos. ¡ Oh ceguedad del hombre, que no sabiendo lo que es, y olvidando lo que fué, quiere saber lo que será! No ignoro muchos casos extraños que se refieren de la astrologia; mas como son en el mundo mas antiguos los embusteros que los astrólogos, y en todo tiempo hubo credulidad y ignorancia y mentirosos, yo retraigo á la duda la calificacion de estos cuentos. Por esto aconsejaré á los príncipes dos cosas: la primera, que no los oigan; la segunda, que si los oyen, por la religion no los crean, y que por la prudencia no los desprecien; que con esto dotrinarán bien el error de haberlos oido.

Un día ántes la ave llamada regaliolo, llevando un ramo de laurel y siguiéndola muchas aves de varios colores, entrándose en la curia de Pompeyo, fué dellas despedazada; y aquella noche que amaneció el día de su muerte, al mismo César le apareció entre sueños, que volaba sobre las nubes, y también que se daba las manos con Jove. Calpurnia su mejor vió como en vision que se caía lo mas alto de su palacio, y que en sus faldas mataban á su marido; y luego de repente se abrieron las puertas de su aposento.

Concedamos que todo esto sucedió como lo escriben, persuadidos eran diligencias de la inmensa piedad de Dios para evitar en los conjurados el delito del homicidio, y en César para prevenirle la muerte. Háblolos por los agüeros que entónces oían; aconsejólos con las aves, con los animales, con los sepulcros, con los sueños; porque ni á César contra Dios le quedase queja de su muerte, ni á los matadores excusa de su delito. Por esto los monarcas deben cargar la consideracion sobre los acontecimientos, considerándolos como prevenciones divinas, no como supersticiones humanas.

TEXTO.

« La turbacion, segunda aquel día para los conjurados, fué que uno de los que no eran de la determinacion, se llegó á Casca, que era de los confederados, y apretándole la mano derecha, le dijo: *Tú, Casca, nos has callado el secreto; mas Bruto nos le ha declarado todo.* Y riéndose de la confusion y espanto con que se turbó Casca, añadió: *Dime, ¿de dónde has enriquecido tan presto que te presumes edil?* Cerca estuvo Casca, engañado del hablar dudoso de este, de confesar el trato de todos. Y al propio Bruto y á Casio, Popilio Lena, varon del órden senatorio, hablándoles inclinado al oído, les dijo: *Yo deseo por vosotros que ejecutéis con las manos lo que tenéis cerrado en los corazones; yo os aconsejo que no lo dilatéis, porque el silencio dura poco.* Y habiendo dicho esto, se fué, dejándoles grande sospecha de que su determinacion estaba descubierta. En esto vino un criado de su casa de Bruto, desalentado, á decirle que su mujer estaba espirando. Porcia, aumentando con el cuidado del peligro de su marido la herida,

no sosegaba; y á cualquier rumor pequeño que oía, preguntaba por Bruto y qué hacía. Con estas ansias diferidas la dió un desmayo que, no pudiendo tenerse en pié, entre sus criadas cayó sin algun sentido, tan mortal en la color y falta de voz y respiracion, que juzgándola por muerta las mujeres que la asistían mezclaron los llantos en un rumor desconsolado y lastimoso, de que se ocasionó decir los que le oían, que Porcia era muerta; y llegando esta nueva, Bruto no la creyendo, con ánimo invencible no quiso dejar el negocio público por el suyo, aunque le era de tan inmenso dolor.»

DISCURSO.

En los grandes movimientos de las repúblicas y reinos hacen officio de adivinos los desocupados maliciosos, y de astrólogos los mal contentos que atienden. No todo lo que se calla, y se descubre es falta de secreto, sino muchas veces sobra de malicia ajena. Por eso conviene prevenirse los movedores de las facciones de recato prudente y mudo, y desentenderse de las palabras equívocas con que los curiosos preguntan y espían, dando á entender que saben lo que desean saber. Casca titubeó, y con la turbacion de lo que oía habló mucho de lo que callaba. Empero Bruto y Casio con duplicada advertencia oyeron á Popilio Lena, encubriéndole tanto la sospecha con que los dejaba, como lo que hacían; y no por el riesgo que se les representó desmayaron su determinacion. Tan conjurados estaban contra su propio peligro, como contra César. Oyó Bruto la nueva de que su mujer era muerta, y negóse á su dolor por asistir al público. No matará al tirano el que primero no decretare su muerte que la del tirano. Tan honrada como sabiamente se detuvo Bruto: porque si, como decían, Porcia era muerta, no podía resucitarla; y si pasaba la ocasion, no era posible restituirla. Tuvo por mas fina y autorizada demostracion vengar su muerte con la de César, que llorarla con los ojos, que á pesar de su sentimiento mostraba enjutos.

TEXTO.

« Estaban sospechosos algunos de que César estaba ya cansado de vivir, y que deseaba no tener salud tan achacosa, y que por esto no hacía caso de lo que le amonestaban los agüeros, y ménos de lo que le decían los amigos. Algunos juzgan que (neciamente confiado en aquel postrero Senado) no quiso que le acompañase aquel día la guarda española, que con cuchillas desnudas le asistía. Otros dicen que muchas veces afirmó quería mas padecer una vez las asechanzas que le amenazaban, que temerlas cada día. Y no faltó quien refriese que le oyó decir que á la república misma importaba su vida y su salud, que él harta gloria había adquirido; y que si le sucediese algo, que la república no tendría quietud, y que en algun tiempo con mayor desdicha padecería guerras civiles. Convencido de estas razones determinó ir al Senado aquel día tan contradicho de todos, y finalmente, porfiado de Décimo Bruto que le decía que no era razon dilatar los negocios. Á la quinta hora salió de palacio, habiendo determinado no decidir algun caso, disculpándose con la poca salud, por causa de no haber podido sacrificar: agüero que le atemorizó algo. Dijose luego que César venía ya en la litera; y en el camino, á vista de Bruto y Casio, Popilio Lena, el que los había saludado como sabidor de la conjuración, hizo parar la litera; y atendiendo cuidadosos los dos, se detuvo hablando con César en secreto grande rato; y no oyendo la plática Casio ni Bruto, sospechando que sería darle noticia de sus intentos, algo se cayeron de ánimo. Y como Casio y otros, recelosos desta plática, empuñasen las espadas, conjeturando Bruto de las acciones de Popilio que le pedía por sí alguna cosa con vehemencia, y que no los delataba, desengañado los aseguró á todos de la sospecha que los aceleraba. Poco despues Lena, despidiéndose de César, le besó la mano, declarando con las postreras palabras que le había pedido alguna merced para sí. Pasó adelante, y un ciudadano le dió un memorial en que iba declarada la conjuración, con los nombres de todos los conjurados, y le dijo: *César, lee ese papel; que te importa.* Él, llevando los demas memoriales en el puño, este, para acordarse de leerle, se le puso entre los

dedos; y divertido con la instancia de la gente no le leyó. Cerca del Senado vió pasar á Spurinna, y acordándose de su pronóstico, le dijo en voz alta: *Spurinna, hoy son los idus de marzo;* y Spurinna le respondió: *Hoy son, pero no han pasado.* Todo esto oían los que esperaban á hacer verdadero á Spurinna, y aciagos los idus de marzo. »

DISCURSO.

Matarse por no morir es ser igualmente necio y cobarde. Es la acción mas infame del entendimiento, por ser hija de tan ruines padres como son ignorancia y miedo: dos vicios en cuyo matrimonio no se ha visto divorcio; pues quien tiene miedo, ignora; y quien ignora, tiene miedo. Sólo deseo saber dónde halla el valor para matarse quien no le tiene para aguardar que le maten. Sospecho que esta es hazaña del temor, que tambien sabe dar heridas y ensangrentarse. Más son los que han muerto en las batallas á miedo, que á hierro; y no son pocas victorias las que ha alcanzado el temor por desesperado, no por valiente. Esto con la experiencia avisó á la sagacidad del victorioso, á contentarse con la fuga del contrario. De aquí se colige que el miedo se hace temer, y que en el cobarde que huye suele ocasionar victoria el vencedor que le sigue. Mejor se puede disculpar el que se muere de miedo, que el que de miedo se mata: porque allí obra sin culpa la naturaleza; y en este, con delito y culpa, el discurso apocado y vil. Contra toda razon celebran por gloriosos á los que se dieron muerte por no venir á poder de sus enemigos, sin ver que su pusilanimidad hace en ellos cuanto pudiera hacer la insolencia del contrario. Necio ahorro es el del miedo. Dase Caton la muerte porque César no se la dé: si fué por esto, él fué en sí propio vencido, y justiciado y verdugo, y venganza, y vengador de César. Si lo redujo á la aritmética de la cobardía, y juzgó por muchas muertes muchos días de vida sujetos, y quiso ántes una que muchas; quien se confiesa medroso de vivir sujeto, ¿cómo calificará el matarse de miedo de no sujetarse? Confiésase indigno de las defensas del sufrimiento invencible, despreciador de calamidades. El sufrimiento y la paciencia son los valentones de la virtud. No

padece la fortuna ultraje de otros, desaliéntanse en ellos los castigos, cánsase en su perseverancia la crueldad.

Julio César viéndose combatido de sueños, advertencias, pronósticos y agüeros, se dejó al peligro, queriendo mas padecerle una vez, que temerle muchas; sin advertir que muchos recelos ántes estorban la muerte que la ocasionan. Dictábale estas palabras á César la persuasión de su conciencia, por usurpador del imperio. Mas se condenaba por lo que sabía de sí, que por lo que sabía de los otros. Tratábase como á tirano; y el no querer que le acompañase la guarda de españoles, no fué temeridad, sino conocimiento de que al delincuente no le defiende la guarda, sino la enmienda. Sabía que al que quieren matar, los que le guardan le acompañan la muerte, no se la estorban; y cuando saben de quién habian de guardar al príncipe, ya no tienen príncipe que guardar; porque del matador sólo da noticia el ya muerto, y cuando no bastan á la defensa del difunto, atienden á la prisión del homicida. César, por su discurso, desconfió de la defensa de su vida; y por su tiranía, del castigo de su muerte: y así, ni fué temeridad ni valor, saliendo, dejar la guarda. Muy esforzada borrasca padecía su imaginación, pues de esta temeridad le pasaba á una confianza tan vana como decir: « Que su conservación á quien mas importaba era á la república. » ¡Oh cuán inadvertidamente se aseguran riesgos particulares en conveniencias comunes, y mas cuando la conveniencia de muchos se funda en el daño de uno! ¿Quién fué tan necio, que su salud se persuadiese importaba tanto á otro como á él? En esto confesó César los delirios de su estimación propia, que es y será el tósigo de todas las prosperidades. Parece que César iba haciendo lugar á sus enemigos, y desembarazándoles su determinación. Todos estaban obstinados: César en llegar á morir, á pesar de toda la naturaleza; los conjurados á matarle, á pesar de tantos sobresaltos y sustos, pues no desconfiaron su secreto de la larga conversación recatada de Popilio Lena con César. Dijole su mujer que no saliese, mandóselo el sueño, amonestáronselo los agoreros, amenazóle el astrólogo, y á nadie creyó; guardando el crédito para Décimo Bruto, uno de los conjurados, que le dijo que saliese. Séame lícito afirmar que César fué el primero, y el peor conjurado contra sí; y que si él no lo fuera, no tuviera

efecto la conjuración. Los monarcas mas peligran en lo que dudan; porque esto aguarda el consejo que busca, y aquello sigue el que le dan.

Bien desenfadada se mostró la sospecha de César, cuando al entrar en el Senado, y viendo á Spurrinna, astrólogo que le habia amenazado, le dijo: « Spurrinna, hoy son los ídus de marzo. » Parece que se enfadaba César de la pereza de su desdicha. Siempre quien se burló de su peligro, se halló burlado dél. Bien constante y prodigiosa fué la respuesta de Spurrinna: « Hoy son los ídus, mas no han pasado. » Extraño divertimento fué no reparar en estas palabras, en que hoy repara con temor el que las lee. Empero esto no fué tan digno de admiración como tomar el memorial, en que otro le dió noticia de la conjuración nombrando los conjurados, y diciéndole « que le leyese luego, que le importaba »; y cuidadoso César, para diferenciarle de los demas memoriales que llevaba en la mano, le puso entre los dedos, y entró en el Senado sin leerle. Claramente se ve que en este caso se juntó á la flaqueza del hombre la providencia de Dios. ¿Quién podía esperar que quien no habia dado crédito á las aves, ni á los animales, ni á los sepulcros, ni á las estrellas, ni á los sacrificios, ni á la religión, le habia de dar á nn particular? Aquí se conoce cuán flaco de memoria es el pecado: tiene César en su mano su vida, y la olvidó; tiene en la ajena la muerte, y la busca. En nuestra mano nada se logra: en la de Dios nada se pierde. Pocas veces son dichosos los avisos saludables en poder de los tiranos. No es nuevo en ellos tomar el buen advertimiento para olvidarle, ni poco antiguo perderse por haberle olvidado. Canas tiene el divertir á los príncipes para que no lean lo que les importa. Faltóle tiempo á César para leer, y faltóle la vida por no haber leído. Justo es que quien difiere á otro tiempo su remedio, no alcance remedio ni tiempo.

TEXTO.

« Entró César en el Senado, y luego le cercaron todos, fingiendo querian consultarle algunos negocios. Allí se dice que Casio, volviendo la cara á la estatua de Pompeyo, la pidió favor;

y Trebonio con malicia divirtió á Antonio, y le detuvo fuera de la Curia, porque no entrase. »

DISCURSO.

Tanto importa saber escoger el lugar para la ejecucion de una maldad, como el secreto. En todo fué grande la habilidad de esta traicion, pues supo escoger personas y sitio. Algunos fueron de parecer que embistiesen á César en la calle, otros en su casa. Estos eran consejos de la ira, no del discurso. Marco Bruto, que como cabeza pensaba por todos, resolvió que fuese en el Senado, diciendo : Que de matarle en las calles ó en otra parte podia resultar fácilmente su ruina, porque la dignidad del príncipe tenia grande séquito, y su valor muchos devotos, y su persona muchos apasionados; y que á todos estos, que eran muchos y poderosos, la muerte violenta encenderia en compasion piadosa, siendo informados por la vista, del horror, de la sangre y de las heridas. Que el pueblo en los sucesos repentinos y públicos sigue al primero grito, y da el oído, por donde se gobierna, al que ántes se le ocupa. Que aun los enemigos y quejosos y castigados del propio César, por mostrarse generosos y humanos, ó serian neutrales, ó seguirian (por su seguridad) á la mayor parte; porque en casi todos los rencores la enemistad tiene por orilla la muerte del que aborrece; y que en esta confusion grande y forzosa no podria ser oida su razon ni las causas de ella. Que todos los que no habian sido en ello, quejosos de que habian desconfiado de su secreto y su valor, habian de ser sus enemigos, y que serian los quejosos séquito y aclamacion de César. Que era locura fiarse en que por ser en utilidad de todos el librar la patria del tirano, lo seguirian todos con aplauso; pues habian visto que infinitos, de los mejores y mas valientes de la patria, le habian asistido á hacerle tirano por el hierro y por el fuego; y que todos estos tenian hoy su medra en su conservacion, y que seria difícil delante del cuerpo de César despedazado persuadir, tan pocos á tantos, que era celo y no envidia la que los movia, y era fácil recelar peor tiranía de los matadores; porque es condicion del pueblo aborrecer al que vive, y echarle ménos en muriendo: siendo así que las alabanzas y los elogios magníficos solamente los merecen las desdichas y la sepultura.

Que se debian temer mucho los llantos de las mujeres, de cuyos afectos dependen las determinaciones de los hombres. Y afirmó que estas empresas se debian ejecutar en parte que ántes se supiese la causa, que la muerte; que oyesen que estaba muerto, y que no le viesen difunto. Que para conseguir esto, y evitar los inconvenientes referidos, el lugar solamente á propósito era el Senado, y las personas solamente convenientes los senadores; porque el lugar autorizaba el suceso, y las personas, como padres de la patria, le calificaban; y que saldria el homicidio, en el razonamiento, mas venerable que lastimoso, y su atencion desembarazada de piedades desordenadas y de commiseraciones plebeyas, y que reverenciarian por misterio la crueldad. Convencidos de esta doctrina, determinaron se cometiese la muerte en el Senado.

No escribo estas razones para doctrinar conjuras, sino principios, porque reinen advertidos del lugar y de las personas en que solamente sus peligros se logran. No tienen culpa las hojas de la salvia, llenas de virtudes, de que muera el que las traga, sino el sapo que las envenena; y por eso es el peor de los animales, porque busca lo mejor para hacerlo malo. No serán culpables las hojas de mi libro en la rabia del basilisco que las leyere, sino el contagio de sus ojos, que miran con muerte; ni acusará estas razones sino aquel que sintiere que yo descubra en advertencia lo que secreto podia él obrar en tósigo. Sepan temer los reyes, y sabrán vivir. No les da veneno quien no les da de beber, no los hiere quien está apartado, no los engaña quien no los aconseja: el campo de su batalla es su palacio. Sé que algun furioso se ha atrevido á dar muerte á su príncipe en la calle, empero sé que es alguno. Mas tambien sé que no hay alguno que pueda contar los monarcas que han muerto á manos de sus confidentes, y cuántos hijos han hecho herederos los criados de sus padres. César vivió en las batallas, donde se muere. César murió en el Senado, donde se vive. Pues los reyes y emperadores toman de César el nombre, no dejen el ejemplo y el escarmiento.

¡ Notable accion fué la de Casio, mirar la estatua de Pompeyo y pedirle ayuda! Esta fué idolatría de la ira, al agravio. Persuádase el que hace morir á otro, que prodrá derramar su sangre, mas no acallarla. La estatua de Pompeyo muerto era